



Georges Bataille

La experiencia interior

Uno de los tres o cuatro libros de meditación fundamentales de este siglo.

Edgar Wind

Arte y anarquía

La relación entre las fuerzas de la imaginación y la disciplina creadora.

Evelyn L. Campillo

La «Revista de Occidente» y la formación de minorías

Un estudio revelador del estado cultural español en el momento de la aparición de «Revista de Occidente» y su influencia europeísta.

Ramón del Valle-Inclán

La cara de Dios

Descubrimiento de una nueva novela.

TAURUS

Marqués de Salamanca, 7
MADRID-6

ARTE • LETRAS •

Eran los buenos tiempos de la política popular de don Juan Manuel de Rosas, desintegrada cuando Caseros instauró la aristocracia mercantil portuaria; es decir, el desarrollo burgués a la europea. Buenos Aires puso en marcha la codicia de los especuladores, desatando una cruenta guerra social; primero, contra el indio; luego, contra el gaucho. Y en esta lucha utiliza al uno contra el otro:

*Luego, la matanza em-
[pieza,
tan sin razón ni motivo,
que no queda animal
[vivo
de esos miles de cabe-
[zas.*

La ofensiva destruye a los antiguos habitantes de la Pampa, al tiempo que apunta las carabinas contra el criollo:

*Ser gaucho es un gran
[delito.*

mientras que el aparato opresivo cae sobre los dominados. Se trata de liquidar físicamente al gaucho como tipo social, y la «ley de vagos y mal entrenidos», el trabajo obligatorio y las levas le persiguen en todo el ancho campo argentino.

*Porque ya no hay salva-
[ción,
y que usted quiera o no
[quiera,
le mandan a la frontera
o le echan a un bata-
[llón.*

Hernández denuncia en boca de El Negro la situación:

*La ley se hace para to-
[dos,
mas sólo al pobre le
[rige.*

«Martín Fierro», como toda gran obra literaria, es un muestrario de los personajes de la sociedad en que se produjo. En él están todos los personajes del campo argentino, o al menos de la provincia de Buenos Aires, si bien se advierte que casi siempre están presentados como en función de su oficio, pues, aparte el protagonista, no se dan sus nombres. Uno es El Alcalde; otro, El

Juez de Paz, o El Coronel, o El Pulpero, o El Negro, o un guitarrero o una cautiva. El único que tiene nombre completo es Martín Fierro, encarnación del verdadero gaucho. Del Sargento Cruz no se dice su nombre de pila. Tampoco la mujer de Martín Fierro tiene nombre, ni sus hijos. De algunos personajes sólo se nos da el apodo: Picardía, Barullo, El Moreno, La Bruja, Viejo Vizcacha. Este último es uno de los personajes clave del poema. Es lo contrario a Fierro. Sus famosos «consejos» han obtenido una extraordinaria popularidad. Vizcacha es el anti-gaucho, y los que repiten sus máximas como cosas gauchescas se equivocan lamentablemente. Picardía, hijo de Cruz, continúa la tradición de las novelas picarescas; es un descendiente de Lazarillo, de Buscón, de Rinconete y Cortadillo.

El director de «Antropología del Tercer Mundo», Guillermo Gutiérrez, señalaba recientemente que «Martín Fierro» se vivió desde su aparición, políticamente, y que generó dos formas de vivirlo, la de: «las clases dominantes, en el transcurso del tiempo, lo esterilizan en un arquetipo romántico, pero también demostrativo, de una forma arcaica de la mentalidad popular, un subproducto de la Historia que debía ser eliminado fatalmente, que se rescata en su belleza poética y en su pintoresquismo folklórico, pero despojado de su contexto histórico real: el pueblo lo vive como el testimonio que se reproduce en la lucha cotidiana actual».

■ MILAGROS NAVAL GARAVILLA.

Sociedad y religión en la España contemporánea

La Asociación de Mujeres Universitarias lleva varios años realizando una magnífica labor

de divulgación, al organizar y convertirse en, quizá, la mejor plataforma pública, desde donde con un criterio en que se compagina selección con apertura se han ido exponiendo por diversos tratadistas los temas de mayor actualidad.

El pasado día 22 de enero tuvo lugar una de las actuaciones más brillantes y posiblemente polémicas de las patrocinadas por esa Asociación. Sin afluencia masiva, pero con lleno total de una sala de buenas dimensiones, pronunció una conferencia José Vidal Beneyto ante un público cuya asistencia y mención es suficiente índice de la expectativa que tema y conferenciante despertaban: Joaquín Satrustegui, Antonio García Trevijano, Luis González Seara, Jesús Aguirre, Mario Rodríguez Aragón, Ramón Tamames, Tierno Galván, Armando López Salinas... aunque se apreciaba la ausencia de la masa de universitarios que asisten a este tipo de actos —la asistencia era por invitación— y la escasa audiencia por parte de los antiguos integrantes de la Escuela Crítica de Ciencias Sociales, de la que el conferenciante fue animador.

El tema de la conferencia: Religión y sociedad en la España contemporánea, y el contenido de la misma venían referidos a un trabajo realizado por el profesor Vidal, que en la actualidad está ocupando un puesto universitario en los Estados Unidos. En esencia, la hipótesis mantenida por el conferenciante era lo poco consustancial del cambio en las posiciones políticas y prácticas de las figuras estratégicas de la Iglesia española y del catolicismo patrio en general, aun cuando se pueden considerar elementos en que las modificaciones de su postura sea algo más que una posición externa y oportunista. El valor y significado de politizar la religión y religiosizar la política en grupos, no mencionados,

de una u otra tendencia, fue una de las piezas clave de la disertación y uno de los puntos principales en que Vidal Beneyto basó sus análisis críticos.

La conferencia fue brillante en extremo, y en ella se entremezcló la ironía con la profusión de datos significativos, y el coloquio se animó y puso de relieve la talla oratoria y la mordaz precisión de coleccionista con que fue capaz de responder el conferenciante a sus interlocutores. Sin embargo, hay dos aspectos con los que este comentarista no está conforme. Por un lado, participo de las opiniones sustentadas en el coloquio por Ramón Tamames, de quien si no se puede decir que opuso optimismo al pesimismo que se concluía de la conferencia, si al menos sopesaba los efectos beneficiosos de los cambios operados. Por otro lado, creo que a la conferencia le faltaba análisis de la dimensión social sobre la que se están operando los cambios. La sociedad no es una serie de figuras más o menos representativas en el campo de la política o de la religión, que caben en la misma sala de conferencias o en otra similar si por incompatibilidades se niegan a sentarse con los allí asistentes. Y el cambio no es sólo el manifiesto en determinadas personalidades u organismos religiosos, sino el de las posiciones relativas que ocupan en un contexto en el que las variaciones en el orden de los valores y de las estructuras sociales son mucho más importantes y trascendentes que todas las reuniones y declaraciones habidas y por haber, que, por su parte, son consecuencia del metabolismo social imperante. Politizar la religión o religiosizar la política puede ir mucho más allá de un oportunismo táctico o, si se quiere, estratégico, pues también pueden ser consecuencia de un auténtico cambio que ha trastocado las bases

del cuerpo social, o de una mayor y más saludable comunicación, con lo que en realidad es la sociedad. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

Los crímenes de la traducción

Sin duda, hay que agradecer al editor de «El omnibus sin sentido» (1), el que nos ofrezca esta antología de «limericks» del inglés Edward Lear en versión bilingüe. No faltarán quienes pongan

(1) Edward Lear: «El omnibus sin sentido». Selección, traducción y prólogo de Leopoldo María Panero. Visor Alberto Corazón Editor.

reparos a este tipo de ediciones, aduciendo razones de tipo económico (los textos originales también ocupan espacio); sin embargo, para quienes conozcan el idioma en que se expresa el poeta, la lectura del libro que nos ocupa constituye una doble experiencia: la de saborear el regocijante texto original, primero, y luego, la mucho más hilarante todavía de contrastar cada texto original con la «versión» del traductor y antólogo Leopoldo María Panero.

Dice Panero en un prólogo «autojustificativo», que la «traducción de poesía es posible, contra lo que aseguran quienes sólo conocen a Machado, tres poemas de Lorca y el

nombre de Juan de Meana». Dice también Panero que «no hay que "trasladar" de una lengua a otra el poema como si fuera un bolso, sino "fundir" las dos lenguas...»; añade más adelante que el autor, Lear, fue sólo, «como el que escribe, un traductor» y trata de justificar su temprana vocación rechazando sin miramientos a la imaginación como «vulgar virtud». Menciona Panero en el prólogo a Benjamín, a Tennyson, a Auden, a Mallarmé, a Ruskin... Pues bien, con tantas citas y tan agresivas declaraciones de principios, se olvida Panero en su prólogo de una verdad de Perogrullo que a nosotros nos parece esencial: que el

traductor debe conocer, además de la suya propia, la lengua de la que se propone traducir. Ignoramos en qué academia de idiomas habrá estudiado Panero su inglés, o si habrá seguido algún cursillo por correspondencia. En cualquier caso, su osadía —como suele decirse— no tiene límites.

Pero antes de explicar todo esto, digamos algo de la obra del poeta «traducido». Los «limericks» del inglés Edward Lear (1812-1888) son composiciones de cinco versos, que imitan rimas o cancioncillas infantiles y están siempre basadas en un mismo modelo rítmico y narrativo. El encanto puramente «naïf» de los «limericks» radica tan-

to en los casos y situaciones absurdos («nonsensical») que en ellos se plantean, como en el juego de rimas al que se entrega constantemente el poeta.

Enumerar uno por uno los crímenes perpetrados por Panero en su versión de estos «limericks», exigiría varias páginas de esta revista, por lo que nos limitaremos a citar algunos que nos parecen especialmente significativos.

En una de las primeras composiciones encontramos, por ejemplo, el siguiente verso de Lear: «But she seized on a spade», que nuestro «novísimo» ha traducido así: «Puso en medio una invisible espada» (¡y tan invisible que debía de ser tal herramienta, porque en el original no la encontramos por ninguna parte! la palabra «spade» significa «azada» en inglés). En otro «limerick» que tiene como protagonista a una tal Opsibeena, nos topamos con el siguiente verso: «She wore a small Wig./and rode out on a Pig» («Con su pequeña peluca en la cabeza, escapó montada en un cerdo»). Pues bien, la «versión» de Panero reza así: «Púsose una peluca para montar en un cerdo y darle la espalda» (¡gran maravilla esa de montar en un animal y darle la espalda al mismo tiempo!). En otra ocasión, Panero traduce: «There was an old Man whose Despair/induced him to purchase a Hare», por «Hubo una vez un viejo cuyo desespero/le indujo a comprarse una liebre inmóvil». El «inmóvil» tampoco lo vemos en ninguna parte del original, al margen de lo cual tampoco entendemos demasiado bien cómo se las arregló luego ese mismo viejo para escapar a lomos de tan raro bicho. Otras veces, Panero se toma ciertas licencias poéticas que sólo nos resultan claras a la vista de las ingenuas ilustraciones que acompañan a cada poema. Así, cuando traduce «whose ideas were excessively nautical» («de ideas en



MIGUEL DELIBES, EN LA ACADEMIA

En el discurso pronunciado por Max Aub con motivo de su imaginaria e imposible recepción en la Academia de la Lengua (1), aparece Miguel Delibes como titular de la silla "F" desde 1954. Le habían bastado a Max Aub unos pocos libros ("La sombra del ciprés es alargada" es el Nadal de 1947) para designar académico al escritor vallisoletano, hoy autor de más de veinte libros. ¿Qué aporta Delibes a

(1) «El teatro español a la luz de las tinieblas de nuestro tiempo». TRIUNFO, número extraordinario sobre «La cultura en la España del siglo XX».

la Academia? Consideraciones narrativas aparte, un mundo novelesco de primera importancia en nuestras letras; ha ido depurando su lenguaje al despojarle de todo artificio, hasta conseguir un estilo de gran eficacia y personalidad. Aporta Delibes el lenguaje de ciertos medios rurales, y ello, sin imitar nunca la voz, sino con la frescura que el buen creador sabe mantener. Lenguaje que puede convertirse en arqueología dentro de unos años, de seguir las cosas así. Tan importante, aunque a veces no se tenga en cuenta, es su trabajo sobre un lenguaje urbano, coloquial, de esas gentes de clase media, protagonistas tantas veces en las novelas de Delibes ("La hoja roja", "Cinco horas con Mario").

Periodista, catedrático, escritor y cazador, Miguel Delibes es buen representante del hombre a contrapelo de las intransigencias y de los dogmatismos en punto a la organización de la sociedad (lo que evidencia siempre una actitud radicalmente liberal), y a contrapelo de una tecnología que, al no ser controlada racionalmente, se torna hostil y avasalladora. En este sentido, la inflexión de Delibes hacia la Naturaleza puede considerarse adelantada de posiciones que hoy comienzan a ser comunes y que tienden a ampararse en la nueva ideología del movimiento ecológico. Cercado por ambos frentes —dogmatismo y técnica—, el escritor se afirma cada vez más en su mundo, en su retiro, desde el que reclama constantemente un humanismo radical, sin poder ocultar un cierto pesimismo. Tal es el significado de su última novela, "Parábola del naufrago". Ciertas salidas a temas reiterados en su obra, como la infancia o la Naturaleza, no se explican sino como un modo de señalar los desgarramientos que en el hombre produce una cierta organización social. Entre la vida y la obra de Delibes puede encontrarse siempre una íntima correspondencia, y por eso, la voz tan personal que emana de su obra.

Le presentaron a la Academia, Zanzunegui, Alexandre y Marias. En unas recientes declaraciones, él no ha podido sino evocar los nombres de dos hombres de letras de su ciudad, ausentes de la Academia: el poeta Jorge Guillén y a la novelista Rosa Chacel. ■ C. A. Foto: ARRI